

Horacio Quiroga y la crítica

Un siglo de gozos y de sombras (1895-1995)

Si no aplicamos un rigor notarial a nuestras cuentas, rigor que en esta materia poco importa, ya es posible hablar de un siglo de lectores de Horacio Quiroga.

Puede tomarse el año 1897 como fecha de partida con la aparición de su primera publicación «Para los ciclistas», en el número 27 de la revista *La Reforma*, crónica de una hazaña deportiva de la que él fue protagonista: la travesía en bicicleta de 150 km. desde Salto a Paysandú.

Es curioso que en su primera publicación ya esté planteado un mecanismo que luego será característica habitual de su literatura: primero vive una experiencia intensa —y el ciclismo, el motociclismo y el automovilismo lo fueron de por vida para el uruguayo— y luego la revive en la escritura. Los años y el conocimiento literario le advertirán sobre los peligros de esta inmediatez y, en la madurez de su «Decálogo», recomienda dejar reposar la emoción para luego evocarla en el texto.

Pueden justificar esta centuria (el mito de los números redondos) otras fechas más o menos aproximadas: el año de publicación de *Los arrecifes de coral*, su primer libro, aparecido en 1901, u otra, menos documentable y más conjetural pero más exacta para nuestros propósitos, alrededor de 1895, año en el que seguramente ya emborrataba sus primeras cuartillas, con más ver-

sos que prosa, nexos secreto de unión y afinidad con sus amigos Brignole, Jaureche y Hasda, con quienes constituye la «Comunidad de los tres mosqueteros» al año siguiente.

Una centuria es tiempo suficiente para intentar un balance, siempre provisional, de las distintas lecturas que se han hecho de una obra y que, al subrayar unos textos y postergar otros, van configurando la cara pública de un escritor y de su universo literario. Ese perfil es siempre cambiante porque cada generación lee desde sus intereses y sensibilidad, y una obra rica, «un clásico», es aquella que nunca se entrega íntegramente, que siempre guarda nuevos misterios —nuevos intereses— para futuros lectores. La obra de arte tiene nostalgia de atemporalidad pero exige una lectura penetrada de tiempo; cada época hace su lectura y una obra maestra es quizá la que puede soportar sucesivas lecturas a través de los años.

En casi cien años es mucho, diverso y a veces contradictorio, lo que se ha dicho por escrito sobre la obra de Quiroga. Hubo encumbramientos y conos de sombra, pero como denominador común queda la imagen difundida de un hombre estafalario, gran contador de historias fuertes de la selva y de su vida.

¿Protagonismo de la vida o de la obra?

La vida de Quiroga, llena de aventuras, amores desencontrados, riesgos y peripecias es, como decía Martínez Estrada, la más interesante de sus historias.

Sus andanzas, sus amores, sus empresas, casi siempre fracasadas, son la materia viva de la única empresa en la que no fracasa: la escritura, que carga de sentido y justifica —desde la obra— una vida intensa, desasosegada y con final trágico.

Esta riqueza de la biografía ha sido, en más de una ocasión, perjudicial para el estudio crítico de la obra. La fascinación por el hombre ha eclipsado el interés por la exégesis de sus textos o ha hecho que se los lea subsidiariamente. Con frecuencia en los trabajos sobre Quiroga hay un desequilibrio a favor del enfoque biográfico.

No obstante este desequilibrio —explicable— se puede decir que el uruguayo no tuvo suerte con la vida, sin embargo ha tenido suerte con su literatura. En vida, supo del reconocimiento de sus lectores y de sus pares

literatos y gozó del caprichoso y voluble mimo de los editores. A lo largo de una centuria, los más idóneos jueces de las letras del Río de la Plata se han ocupado de escribir sobre el autor y su obra: Martínez Estrada, Zum Felde, Murena, Rodríguez Monegal, Ángel Rama, Jitrik, entre otros notables. Hoy, a casi una centuria de su primera crónica impresa, para coronar ese recorrido aparece el volumen de la Colección Archivos que reedita *Todos los cuentos*, fija el texto, organiza una cronología y una selecta bibliografía y acompaña este valioso material con artículos eruditos e inteligentes que contextualizan la obra y esclarecen su trayectoria.

¿Cuáles han sido los itinerarios de los lectores de Quiroga a través de un siglo? ¿Qué se ha destacado fundamentalmente? ¿Quiénes lo han hecho?

Sería excesivo pretender hablar de la recepción de la obra quiroguiana por, al menos, dos motivos. Uno subjetivo: cierta desconfianza de las jergas al uso que crean el riesgo de decir obviedades con lenguaje pretencioso. Otro, objetivo, porque un análisis de la recepción supone una información exhaustiva que no es el motivo de esta nota en la que, por el contrario, sólo pretendo dar cuenta de algunas direcciones y opiniones críticas que me llamaron la atención y comentar unos pocos libros o artículos (los que el azar y la necesidad pusieron en mis manos) que las sustentan¹.

Hemos mencionado el énfasis biográfico como el primer denominador común para acercarse a una obra basada en la experiencia de un hombre que vive intensamente, se compromete en amores desiguales, se embarca en negocios e invenciones casi siempre fallidos, no para de hacer cosas y luego las escribe.

En el otro extremo se encuentra el interés por una escritura sin trabas, «a puño limpio», que da cuenta de esa vida intensa y sus anécdotas en obras desiguales y en distintos géneros: principalmente cuentos; también cuentos largos, novelas, teatro, diarios, epistolarios, artículos varios sobre distintos temas, incluido el literario, y hasta un decálogo.

Entre estas dos líneas oscila toda la crítica de Quiroga. El péndulo se desplaza a veces hasta la obra —con más frecuencia a partir de los años sesenta— pero el imán fascinante de la biografía hace que nunca se aparte demasiado de ella, ya sea como referencia permanen-

te de análisis textual o como contexto y marco imprescindible de interpretación de lo escrito.

La fascinación de lo biográfico

Dentro del enfoque biográfico, además de los propios textos del autor (cuentos, novelas, diario del viaje a París y, sobre todo, la correspondencia), sigue teniendo vigencia la temprana *Vida y obra de Horacio Quiroga*, escrita en colaboración por sus amigos José María Delgado y Alberto Brignole y publicada en Montevideo en 1939, a sólo dos años de su muerte. A pesar de los altibajos y de cierta impericia de método, sigue siendo el punto de partida insoslayable para reconstruir al personaje y es fuente documental, no por «casera» menos útil, de anécdotas y datos imprescindibles cuyo aporte básico ha sido completado pero nunca superado.

En esta línea del testimonio directo y emotivo se sitúa también *El hermano Quiroga* (1957) de Ezequiel Martínez Estrada, escrito desde la afectividad hacia el «hermano mayor» que conoció los gozos y las sombras del hombre heterodoxo y el precio de su escritura. Cuenta, mejor que nadie, la soledad de los últimos años, años de sequía en la ficción, de desafecto familiar, pero también de madurez reflexiva en la sustanciosa correspondencia, de la que fue privilegiado corresponsal. A él dirige Quiroga su desgarradora confesión «solo como un perro estoy».

En los últimos años la crítica ha vuelto los ojos a esta correspondencia para valorarla en tanto literatura como la última —y muy respetable— obra de Quiroga, encumbrándola por encima del papel testimonial que se le había adjudicado. En esta revaloración tienen seguramente que ver, por una parte, la ampliación de los sistemas literarios a géneros menos convencionales: los géneros fronterizos tan de moda en nuestro tiempo; por otra (de acuerdo con nuevas concepciones menos taxativas de la historia y la literatura), el rescate de los epistolarios, las historias de la vida, las biografías, los diarios y otras formas de la escritura tradicionalmente menos consideradas.

¹ Para una síntesis certera de la recepción de Quiroga ver el artículo de Jorge Lafforgue «Actualidad de Quiroga», introductorio a la edición de *Todos los cuentos de la Colección Archivos* (1993), págs. XXXV-XLIV.

Entre lo escrito en las últimas décadas, conviene señalar una semblanza de Héctor Tizón titulada «Inventario, balance y rescate de Horacio Quiroga», publicada en la revista *Libros de Madrid* (N.º 12, 1982), en la que el escritor jujeño recrea la historia de una vida y una obra con las que, en cierto modo, se identifica. Por fechas de nacimiento, ha conocido a Quiroga a través de los libros, pero es capaz de rememorarlos como si hubiese sido su contemporáneo porque existe una complicidad entre la búsqueda literaria de uno y otro, ya que ambos recrean con cierta jactancia un mundo de frontera, contracultural. En épocas distintas los dos son cronistas de secretas epopeyas regionales: «el lejano noroeste» de los puneños, en Tizón; la fiebre de los aserraderos y la yerba mate, en Quiroga.

Con un pie en cada estribo, entre la complicidad de los creadores y la interpretación crítica, están las páginas imprescindibles de Héctor Murena en *El pecado original de América* (1954) en las que un escritor que conoce las vicisitudes de la escritura y las peculiaridades culturales de aquel continente, ofrece un ensayo que sitúa a Quiroga en el centro de su tema americano, de lo que con acierto define como «la infernal proeza del triunfo de la tierra». No hay proporción entre la magnitud del paisaje y la fragilidad del individuo. Los mejores cuentos de Quiroga dan testimonio de esa desmesura que será el peligroso motor de unos personajes fascinados y aniquilados por su exceso.

La seducción del texto

En otra vertiente están los trabajos que han intentado un análisis crítico de la obra: su aporte a la época; su originalidad en temas y estilos, su influencia en la producción posterior así como la interpretación, la valoración y la exégesis de textos puntuales que han ido enriqueciendo el conocimiento literario general. La mayor parte de estos estudios son mixtos en cuanto no pueden apartarse demasiado de los aspectos biográficos; tomándolos como punto de partida, o de referencia privilegiada, los trascienden para avanzar en la interpretación y análisis de las líneas de fuerza netamente literarias.

En este camino son insoslayables los aportes de Noé Jitrik, en los que destaca como base del análisis lo que el crítico definió como «la dimensión de la experiencia»

(*Horacio Quiroga, una obra de experiencia y riesgo*, 1959) de la que se desprenden las temáticas fundamentales que vertebran la obra: la muerte, la hiperactividad, los amores, la selva.

Pertenecen también a este grupo los estudios de Emir Rodríguez Monegal, compatriota de Quiroga, gran conocedor de su obra y de la literatura de su época. Por la amplitud de su tarea —libros y artículos, prólogos, selecciones de cuentos, edición de inéditos (*Diario de viaje a París*, 1949)— sus investigaciones abarcan tanto el campo biográfico como las interpretaciones y aportes críticos, recogidos en libros fundamentales como *Genio y figura de Horacio Quiroga*, de 1967, ampliado al año siguiente en *El desterrado, vida y obra de Horacio Quiroga*; o el prólogo a la *Selección de cuentos* (1966) de Biblioteca Artigas, incluido nuevamente en la edición de los *Cuentos* de la Biblioteca Ayacucho. A Rodríguez Monegal se debe la recurrida clasificación de la narrativa de Quiroga en cuatro etapas que servirá de base a posteriores variaciones: formación modernista, aprendizaje misionero, esplendor en *Los desterrados*, sequía en la ficción y producción epistolar.

En esa línea mixta destacan la presentación de Luis Emilio Soto en la *Historia de la Literatura Argentina* de Rafael Arrieta (1958-60) y la de Eduardo Romano en la *Historia de la literatura argentina* del C.E. de A.L. (1968) que, con modificaciones, aparece nuevamente en el número 48 de la Revista *Capítulo* (1980), en la que el eje de la vida sirve para interpretar importantes aspectos de la obra.

Entre los trabajos más recientes conviene citar una interpretación creativa de Blas Matamoro sobre «Fronteras de Horacio Quiroga» (1987) y el erudito y fundamentado estudio introductorio de Jorge Lafforgue a la edición de Clásicos Castalia de *Los desterrados y otros textos* (1990), en el que sobresale el apartado dedicado a la discusión de la crítica y a la revalorización literaria de los textos y artículos de no ficción, tema que luego expondrá con mayor síntesis y determinación en la introducción a la edición de Archivos.

La crítica adversa

Por último, para matizar este repaso incompleto y por lo tanto bastante arbitrario, quiero mencionar algo de